

MIRET MAGDALENA

LOS CRISTIANOS, ¿SOMOS EFICACES?

La complejidad psico-social del ser humano cada vez es más evidente. Partir de una interpretación ingenua de las fuerzas que rigen a las sociedades actuales es exponerse a ir dando palos de ciego adoptando actitudes aparentemente enérgicas, pero ineficaces, para orientar la desorientada sociedad en que vivimos.

El neurofisiólogo N. E. Ischlonsky ha investigado el mecanismo de estas reacciones negativas que, en el individuo y en la sociedad, apreciamos constantemente a poco que pongamos nuestra cuidadosa atención en los fenómenos psicológicos y sociales del tiempo presente.

El resultado de sus investigaciones lo resume en estas dos grandes leyes: 1) «En el mismo momento que un objeto penetra en el centro de nuestra conciencia, se crea un foco de excitación en el lugar correspondiente de los hemisferios cerebrales, del cual emana la inducción negativa, sometiendo a inhibición todo el resto de la corteza cerebral; esta inhibición subsiste mientras continúa la excitación original». 2) «Las condiciones más esenciales para la manifestación de la inducción son la fluctuación del proceso nervioso primario y la vacilación en su establecimiento; pero si un proceso nervioso se desarrolla gradual y progresivamente, la inducción no se da». («Cerebro y conducta», N. E. Ischlonsky, Ed. Paidós.)

Estas dos leyes son de gran importancia para comprender muchos fenómenos de reacción, tanto individual como social, que se están produciendo en el mundo actual.

Por ejemplo, el gran fracaso de la Sociedad de las Naciones entre las dos guerras mundiales —la de 1914 y la de 1939— «se debió a esa incongruencia de pensamiento y a la inconsecuencia y vacilación en su acción...; los sistemáticos fracasos... culminaron en la segunda guerra mundial, para evitar la cual había sido creada la Sociedad de las Naciones». («Cerebro y conducta», o. c.). Esas fluctuación y vacilación en los criterios y conducta de este organismo internacional, en vez de resolver los problemas existentes entre las naciones, fueron creando una inducción negativa que llevó a una acción violenta como resultado de esa falta de congruencia en las ideas y en los actos de aquel organismo. La segunda ley de Ischlonsky tuvo aquí su aplicación.

De Gaulle hábilmente utilizó este recurso con los sucesos estudiantiles de mayo de 1968 en Francia. Al ver que se producía una acción poco congruente y unos criterios confusos pensó que esto conduciría a producir en la masa francesa —después de una favorable reacción a favor de los estudiantes— una inducción negativa, pues esa violencia incongruente tenía que inducir un deseo de solución pacífica en la masa francesa a la larga. Y en vez de cortar radicalmente en el primer momento lo que ocurría, prefirió esperar hasta que el pueblo francés reaccionase inductivamente en el sentido contrario para intervenir entonces eficazmente.

La actitud de pura violencia —según la primera ley de Ischlonsky— siempre engendra también la inducción negativa que le es contraria; así como la falta de congruencia y la fluctuación terminan también por producir —como hemos visto— esa misma inducción negativa.

En la Iglesia vemos claramente que en el pontificado de Pío XII la excesiva violencia centralizadora de Pacelli terminó por desprestigiar en buena parte la figura tan atractiva que había sido por su apertura cultural; la restricción centralizadora que impuso llevó a la Iglesia a una situación de crisis latente, creando una tensión en la misma de suma gravedad. La venida de Juan XXIII, en cambio, hombre de criterios claros y de actitudes decididas, pero sin violencia desgarrada, tuvieron la favorable consecuencia de impedir esa grave crisis y orientar a los católicos en un sentido francamente progresivo sin casi darse cuenta nadie.

Por otro lado, la actual situación a veces tan confusa en la Iglesia hay quien la atribuye en parte a las bienintencionadas vacilaciones del Papa actual, que intenta contentar a todos y al final produce la impresión fluctuante que, como consecuencia, favorece la creación de dos movimientos reaccionales antagónicos, el del integrismo ultraconservador y el del progresismo superficial y externo.

Múltiples ejemplos podemos poner en la Iglesia de esto mismo. La tempestad en torno a la «*Humanae Vitae*» la podemos ver retratada en la actitud del célebre teólogo Padre Haering: al principio adoptó la actitud contestataria y violenta, demasiado sensacionalista, la cual tuvo por consecuencia disminuir la fuerza de sus argumentos de disenso respecto a la «*Humanae Vitae*». En cambio, en cuanto adoptó una actitud serenamente científica, también pública, la fuerza de su argumentación incrementó y en Roma no tuvieron más remedio que aceptarle nuevamente como profesor de la Universidad Alfonsiana. Una cosa parecida podemos decir del gran teólogo progresivo Padre Jean Cardonnel, O. P.: a través de unas charlas ligeras hizo una serie de afirmaciones que pusieron en guardia a sus superiores eclesiásticos y adoptaron éstos, por inducción negativa, una postura drástica de prohibición contra este religioso; pasado un tiempo, el Padre Cardonnel hizo unas declaraciones públicas perfectamente precisas y seriamente científicas desde el punto de vista teológico, que —sin disminuir nada su actitud progresiva— consiguieron que fuese respetada su postura y levantado el castigo que pesaba contra él.

Pudiera parecer a primera vista que estoy defendiendo aquí la virtud de la «moderación», y que me hago el propugnador de esos tibios términos medios que tanto deben molestar a un hombre consciente y maduro.

Otros podrían pensar que pienso en un oportunismo que hábilmente intente la utilización de medios confusos o sinuosos para conseguir un fin bueno.

También nos podríamos encontrar con quien crea que soy partidario de las actitudes templadas, y no de las actitudes enérgicas.

Sin embargo, a todos los que así piensen puedo decirles que no han entendido lo que aquí empiezo a expresar, y que continuaré aclarando en mi próximo artículo.

Se trata, por el contrario, de tener una inteligencia más científica de los fenómenos psico-sociales, para evitar caer en estos expedientes demasiado ingenuos y superficiales que son la moderación, el oportunismo o la falta de energía.

La solución está en que la eficacia se consigue superando todas estas actitudes, así como la de la violencia sistemática, desnuda e ingenua; y la única vía es la del que podríamos llamar realismo.

Los grandes transformadores sociales y las grandes personalidades influyentes, sean del signo político o social que sean, han sido unos grandes realistas, y cuando dejaron de serlo cayó su estrella y no pudieron continuar influyendo.

Por eso, porque los cristianos hemos olvidado muchas veces estos sencillos principios que la ciencia psicológica y sociológica nos recuerda, hemos pasado del ingenuo conservadurismo al ingenuo progresismo; de la pasividad más escandalosa, a la violencia un poco incongruente e infantil. Y ahora, desgraciadamente, puede venir como reacción de todo ello, si no somos bastante inteligentes y profundos, una época de moderación más o menos progresiva, que no resuelva suficientemente la gravedad de los problemas religiosos que están planteados y que todavía no se encuentran resueltos.

Esa es la razón por la que analizaré más despacio en mi próximo artículo esta vía del realismo.